

LAS APARICIONES MARIANAS En el contexto del Siglo XIX

Mi reflexión parte del hecho que dos apariciones marcan un cambio en las intervenciones de María en razón de su referencia al fin de los tiempos, abriendo la vía a una serie de otras sobre ese tema. Éstas son las de la Rue de Bac y de la Salette. Ahora bien, éstas tienen como particularidad, la de desarrollarse en el Siglo XIX en Francia. Esto me llevó a interesarme de más cerca a ese siglo y a darme cuenta cómo éste concuerda con las advertencias de la Virgen y aclara el clima espiritual de nuestra época.

LA RUE DE BAC

María aparece allí por primera vez durante la noche del 18 al 19 de julio de 1830 en un período pre-revolucionario. Francia se encuentra en ese momento en un período de cambio fuerte: Carlos X, fuertemente impugnado, es derribado días después con motivo de las jornadas revolucionarias del 27, 28 y 29 de julio, que serán llamadas las *“Tres gloriosas”*. Esos acontecimientos que constituirán lo que será llamada la Revolución de julio, serán la ocasión de un desencadenamiento de fuerzas anticlericales, con el saqueo del Arzobispado de París y la agresión a los miembros del clero. La ruptura se consumará ese mismo año, cuando, por decreto de Luis Felipe I, el nuevo Rey, el catolicismo dejará de ser una religión de estado. Esta decisión inicia de hecho un cambio fuerte en la historia religiosa del país.

María declara notoriamente: *“Los tiempos son muy malos, los males van a caer sobre Francia, el trono será derribado, el mundo entero será derribado por males de toda clase. Pero vengan al pie de este altar: allí serán derramadas gracias sobre todas las personas que las pidan con confianza y fervor (...). El momento llegará cuando el peligro sea grande, se creará perdido todo... pero Yo estaré con ustedes, tengan confianza”*.

Lo que llama la atención, es que ese anuncio se realizó en paralelo con referencias al libro del Apocalipsis. Así, cuando la segunda aparición del 27 de noviembre de 1830, María está de pie sobre una serpiente, como se anuncia a la Mujer en el Génesis y se advierte la presencia de doce estrellas sobre el perímetro de la medalla que Ella transmite a su mensajera. Se trata allí de una referencia al capítulo 12 del libro del Apocalipsis.

Es el primer gran cambio. La aparición de La Salette, que sucede a la de la Rue de Bac, va a confirmar claramente ese énfasis puesto sobre el fin de los tiempos, en los mensajes de la Virgen.

LA SALETTE: LA DENUNCIA DEL PECADO

El 19 de septiembre de 1846, María entrega a dos pastorcitos un mensaje a la vez terrorífico y vertiginoso, destinado a impactar los espíritus. A la vez que derrama lágrimas, la Virgen muestra un rechazo de Dios por parte de los hombres, y proporciona una visión profética sobre las consecuencias desastrosas que no dejarán de producirse si no se hace nada. La Virgen declara claramente: *“¡Ay de los habitantes de la tierra! Dios va a agotar su cólera y nadie podrá sustraerse a tantos males reunidos”*. *“No se verá más que homicidios, odio, envidias, mentira y discordia, sin amor por la patria y por la familia”*. Una de las consecuencias de esta constatación agobiante, es

que **Satanás y sus demonios serán desencadenados del infierno en 1864**". Igualmente, *"habrá en todos los lugares prodigios extraordinarios, porque la verdadera fe se extinguió y la falsa luz ilumina al mundo"...* *"los gobiernos civiles tendrán todos un mismo designio, que será abolir y hacer desaparecer todo principio religioso, para dar lugar al materialismo, al ateísmo, al espiritismo y a toda clase de vicios"* declara la Santa Virgen. *"La Iglesia tendrá una crisis terrible"...* *"pues he aquí el tiempo de los tiempos, el fin de los fines"*. Ella concluye diciendo: *"El agua y el fuego purificarán la tierra y consumirán todas las obras del orgullo de los hombres, y todo será renovado; Dios será servido y glorificado"*.

EL SIGLO XIX

Tal como lo expusimos anteriormente, las apariciones tan particulares de la Rue de Bac y de La Salette se desarrollan en el siglo XIX y en Francia. Difícilmente se puede ver allí el azar, cuando se nota cuánto está nuestro país a la vanguardia de las evoluciones de este período, llevada por la dinámica revolucionaria. La sociedad conoció entonces mutaciones en casi todos los dominios, y especialmente políticas, sociales y espirituales.

Es este último dominio el que nos va a interesar en primer lugar pues es allí donde se sitúa lo que verdaderamente está en juego: el siglo XIX presenta en efecto un nivel de persecuciones contra los cristianos raramente alcanzado. Apenas recuperada de las vicisitudes sufridas en la revolución, la Iglesia es golpeada en la cabeza con el aprisionamiento de Pío VI (1775-1799) y el periplo de pruebas que le es impuesto hasta Valencia, donde él muere de agotamiento. La iglesia conoce enseguida un inicio de calma con la firma del Concordato de 1801. Sin embargo los ataques no tardarán en acumularse en todos los frentes. Para comenzar, son las leyes orgánicas de 1802 impuestas por Napoleón contra el consejo de Roma para reforzar el control del estado sobre la Iglesia de Francia. Al no mostrarse suficientemente dócil Pío VII (1800-1823) ante esas expectativas, el emperador va a hacer un nuevo embargo para someter la religión a su poder absoluto, manteniendo al Santo Padre bajo su presión constante en Saboya y después en Fontainebleu. Bajo Luis Felipe, que accedió al trono después de la Revolución de Julio, el catolicismo deja de ser religión de Estado.

El clima va a degradarse aún más cuando Francia, humillada por la victoria de Prusia, que le quitó la Alsacia y la Lorena, entra en un nuevo período de disturbios en marzo de 1871 con la Comuna de París, la cual sucede a la revolución de 1848. A pesar de su existencia efímera, ésta proclama la separación de la Iglesia y del Estado preparando el terreno para la Ley de 1905. Ésta última, que intervino en un contexto de exacerbación de las tensiones religiosas y después de una serie de medidas tendientes a 'desconfesionalizar' la vida pública, marca un cambio decisivo en la historia del país.

Fuera de Francia, las pruebas que debe enfrentar el papado continúan bajo Pío IX (1846-1878), quien bajo la presión popular es obligado a refugiarse en Gaeta. En 1860 el reino del Piamonte se apropia de los Estados Pontificios, no dejando al Papa más que el Latium. Las tropas italianas van a invadirlo finalmente en 1870, aprovechando la salida del cuerpo expedicionario francés repatriado para reforzar los ejércitos de Napoleón III, inmersos en la guerra contra Prusia. Por primera vez desde la donación de Pepino el Breve en el siglo VIII la Iglesia se ve privada de sus territorios. Los papas van a considerarse en lo sucesivo como prisioneros en el Vaticano hasta el acuerdo de

Letrán de 1929 (1). Esta nueva situación va a permitir sin embargo a los Soberanos Pontífices liberarse de sus ataduras temporales y concentrarse en su misión espiritual.

Ahora, sobre el plan doctrinal, primero es la Biblia la que va a apagar un fuego nutrido de críticas tanto a nivel científico, filosófico como arqueológico. La teoría de Darwin sobre la evolución de las especies va así a poner en duda el relato del Génesis de manera decisiva y a servir de pieza de artillería contra la enseñanza cristiana. Las campañas de excavaciones por su parte, van poco a poco a entregar los secretos de la civilización mesopotámica y validar ciertos episodios bíblicos a la vez que refutan otros, (relato similar al del Diluvio encontrados en las escrituras cuneiformes a través de la epopeya de Gilgamesh). Todo esto conduce a un cuestionamiento progresivo de las Escrituras, consideradas en lo sucesivo por algunos como una simple recopilación mitológica. Es en este contexto que se publicó en 1863 *La Vida de Jesús*, libro de gran éxito de Ernest Renan (1823-1892). Ese antiguo seminarista, preso de la duda, rechaza todo carácter inspirado de la Biblia, haciendo de Cristo un “ingenuo” desnudo de dimensión trascendente. Él quiere hacer de la Historia Santa una simple historia humana.

Nota 1. Por esos acuerdos, firmados un 11 de febrero (aniversario de las apariciones de Lourdes), el Vaticano llegó a ser un Estado Soberano y sujeto al derecho internacional.

Otro obstáculo: la ciencia y el positivismo. La ciencia suscitó progresos tecnológicos hasta entonces inimaginables, hasta el punto de trastocar los cuadros del pensamiento tradicional, notablemente con el advenimiento de la Revolución Industrial.

Es en el siglo XIX cuando culminó la idea que la ciencia es el artífice del bienestar humano, la garantía de un progreso sin límite, la seguridad de una marcha inexorable hacia un mundo mejor. Ante esas brillantes perspectivas, la verdad fue buscada del lado del mundo físico, del universo práctico. Se buscaba otro modelo explicativo del mundo, diferente al vinculado a la religión. Es en ese contexto que nació el positivismo. Esa corriente del pensamiento, fundada por Auguste Comte (1798-1857), tenía una ambición por elaborar un conocimiento basado en la observación de los hechos reales, y de no aceptar más que lo que puede ser verificable empíricamente. Esta filosofía, en ruptura con la teología, va a ejercer una gran influencia sobre los pensadores de la segunda mitad del siglo XIX y favorecer el desarrollo del ateísmo.

Enseguida, Comte debe afrontar la muerte de la mujer de la cual estaba perdidamente enamorado, y ese traumatismo lo hizo evolucionar hacia una forma de religiosidad. Él dedica entonces un verdadero culto a su antigua consorte y siente la necesidad de una religión garante de la organización social. Él instaura para ese efecto “*la religión de la humanidad*”. Destinada a reemplazar el Reino de Dios y única capaz a sus ojos, de realizar la unidad del género humano. Esta religión está dotada de un alma colectiva, llamada *el Gran Ser* (verdadera caricatura de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo). Sirviéndose de sí mismo como jamás nadie lo ha hecho, Comte se proclama el gran sacerdote de esta nueva religión y su antigua compañera se transforma en el ícono. Él establece en ésta las creencias, los ritos, las ceremonias, el calendario y los sacramentos. Este recorrido intelectual es sintomático de una época alternativamente religiosa, laica o impregnada de misticismo.

Otro obstáculo: la corriente romántica y la búsqueda de una nueva religión. La literatura está influenciada notablemente por el romanticismo, movimiento europeo que tiende a rehabilitar al individuo y sus pasiones, a la vez que queriendo liberarse del rigorismo de las reglas clásicas. Es la

revancha de la imaginación y de la emoción sobre las convenciones de otra época, el ímpetu del corazón contra la razón que deseca. El bienestar es buscado en la naturaleza, el exotismo, lo maravilloso, dando testimonio del malestar de una sociedad que se enfrenta a trastornos políticos y económicos y rechaza el establecimiento de un mundo mecánico, sin alma y vencido por una urbanización galopante.

La corriente romántica exalta los tormentos del alma y del corazón, teniendo por corolario el volver a valorar la cuestión de los lazos entre Dios y los hombres, en oposición con el racionalismo de las Luces. Pero no es el cristianismo el que va a beneficiarse de esto, sino nuevas formas de espiritualidad. Estando ya enjuiciada la religión cristiana como superada y confundida con el desprecio destinado a la monarquía derrumbada, se trata pues de elaborar una nueva confesión, a imagen de Auguste Comte, con su religión de la Humanidad. Roma es acusada de haber pervertido la pureza del mensaje evangélico y provocar su fosilización. Sólo puede subsistir un cristianismo renovado, desembarazado del pecado original y sustraído del yugo de un clero esclerosado. La Iglesia es considerada en el mejor de los casos como una preparación para la verdadera religión, ahora es tiempo de ceder el lugar a la religión de los tiempos nuevos. Se trata en lo sucesivo de alcanzar "la Armonía". Muchos de los más grandes autores del siglo no cesarán de desecharla y redactar su Catecismo. George Sand, Jules Michelet, Auguste Comte y sobre todo Victor Hugo, serán los sacerdotes, a la vez que retoman el anticlericalismo de la época.

"*Quiero escupir sobre el pueblo que se arrodilla ante los Cardenales*" escribe George Sand en su correspondencia, a la vez que desprecia públicamente a la Iglesia y al clero en *Daniella et Mademoiselle la Quintine*. En *La Cause du Peuple*, ella proclama: "*El comunismo es la aplicación del Evangelio en la vida real*". "*Históricamente el sacerdote es odioso. Socialmente es necesario*" responde Hugo en *Cosas vistas*, a la vez que entierra el clavo en *Filosofía prosa*: "*El sacerdote eclipsa a Dios, "Todas las religiones son falsas en la superficie que es el dogma y verdaderas en el fondo que es Dios", "Pequeño seminario, el nada enseñado/hacer un sacerdote es vaciar a un hombre*". En *El arte del gran sacerdote* ya casi no brilla: "*en el pliegue de sus dogmas, ellos están en la noche sombría*". Así como en "*Los cantos del crepúsculo*": "*Nosotros llevamos en nuestros corazones el cadáver podrido/de la religión que vivían nuestros padres*". En una carta a Michelet él declara: "*Yo desclavo a Cristo del cristianismo*" en otra a Neffizer, él precisa: "*hay que destruir todas las religiones a fin de reconstruir a Dios. Me explico: reconstruirlo en el hombre*". La fe no vale para Hugo mas que si ella está separada de la Iglesia. Ya no hay necesidad de clero ni de sacramentos cuando se tiene una liga directa con el cielo. Una concepción que lo conducirá al espiritismo, la fe de los tiempos nuevos debe surgir fuera de las estructuras establecidas.

Hugo no duda que "una nueva era de felicidad" se abrirá cuando llegue el triunfo de su concepción de espiritualidad. Su anticlericalismo se encuentra aún hasta en su testamento, donde él escribe: "*yo rechazo la oración de todas las Iglesias. Pido una oración a todas las almas. Yo creo en Dios*". Hugo sugiere un pueblo que pueda, con su ejemplo, pasarse sin todos los cleros y estar en relación directa con el cielo por su sola voluntad.

No faltaba más que materializar en piedra esta visión grandiosa. Los funerales de Victor Hugo proporcionaron la ocasión: el panteón donde fue enterrado en 1885 dejó de ser la Iglesia Santa-Genoveva (su nombre original) para llegar a ser definitivamente un templo laico. Ya no es más la liturgia católica la que tendrá derecho de ciudadanía en lo sucesivo en ese lugar, sino el culto a los grandes Hombres.

No se trata aquí de denigrar la obra de Victor Hugo, uno de los más grandes espíritus literarios de su siglo, sino de subrayar hasta qué punto su espiritualidad, sintomática de la época, está en oposición con la Revelación cristiana. Por su parte, Emilio Zola llamará igualmente con todas sus ansias el advenimiento de una fe nueva. Su rechazo de una iglesia juzgada como caduca, es

particularmente legible en la obra que producirá al final de su vida enseguida del ciclo de los Rougon-Macquart. Compuesto de una trilogía (Lourdes, Roma, París) a la cual se agrega un cuarto volumen titulado con toda sencillez *“Los cuatro Evangelios”*, ese conjunto por mucho tiempo ‘incontrable’, es a menudo pasado por alto cuando es cuestión de la obra de Zola, como si se tratase de recubrirla con un velo de pudor. Zola entrega un texto que se arruina en la facilidad y la insipidez. Si bien él no se toma la molestia de demostrar la decadencia de un catolicismo a punto de asfixiarse, tampoco se molesta por adherirse a éste, tal es el peso que llevan a costas los redactores. Es tal su desprecio al cristianismo, que él multiplica los ángulos de sus ataques hasta el absurdo. El texto, muy elaborado y sin peso, está lejos de la virtuosidad de un *yo acuso* o del placer de lectura procurado por el ciclo de los Rougon-Macquart. Esos tres libros, aun cuando si ellos no se cuentan entre los más leídos, son sin embargo emblemáticos de las ideas del siglo, las Tres Ciudades describen el itinerario de un sacerdote el Padre Froment, agobiado por la duda y oportunamente denominado Pedro. Como para subrayar mejor las fuerzas presentes, ¡este último es hijo de un hombre de ciencia incrédulo y de una devota! La fe no está presentada sino como una falta de razón, ante la cual sucumben en primer lugar los débiles de espíritu.

En *Lourdes*, la primera obra, el Padre Froment acompaña a un grupo de fieles que van en peregrinación a la célebre ciudad mariana. Zola se complace en denigrar a todo lo largo del relato el Santuario de los Pirineos y la forma de piedad que él acarrea. Los peregrinos son presentados como criaturas infantiles, seres descerebrados sedientos de ilusión y desembarcando “en el país del milagro”. Ellos se hunden en oraciones obsesionantes, y entonan cánticos hasta hastiarse. El relato nos describe la tragedia de esa gente apocada que van con un corazón sincero a deteriorarse en ritos grotescos y letanías de risa. En ese reino de lo patético, los sacerdotes son en el mejor de los casos incrédulos y en el peor, negociantes. La única cosa que anima a los fieles, es quién será el próximo en beneficiarse del nuevo milagro. Pero la Virgen no se muestra a la altura de su misión más que en el transcurso de algunos días de peregrinación que nos son relatados, ella deja morir dos personas delante de la gruta, ¡entre ellas una niña en los brazos de su madre! Afortunadamente, ella se reivindica curando entre otros al amigo parálítico de la infancia de Pierre Froment, convenientemente de nombre María. Pero ese milagro, lejos de traer la paz, viene a despertar la pasión secreta que el sacerdote confiesa a su amiga. Decididamente nada va en buen sentido en ese rincón de los Pirineos.

Zola ambiciona describir los síntomas de una religión degenerada que se bate en la idolatría y explota la angustia. Hay que liberar al pueblo del cual se ha abusado, de esa *“superstición venenosa”* llamada a ser barrida por la historia. La gruta no es más que un agujero que hay que tapar lo más pronto posible. Ella ofende a la Razón y constituye “una burla al sentido común”. Lourdes es “un lugar abominable y de perdición, transformado en un gran bazar, donde todo se vende, las misas y las almas”.

Afortunadamente, el último capítulo nos indica el horizonte a alcanzar: la creación de una religión nueva que vendría a reemplazar a la que agoniza, *“el hombre débil está indefenso al no tener la fuerza para vivir su miseria terrenal sin la eterna mentira de un paraíso”*.

En *Roma*, el libro que sigue, el autor pasa a la velocidad superior y toma esta vez por blanco el corazón del sistema a través del Vaticano. Pedro se dirige en efecto a la ciudad eterna para defender ante el Papa su libro titulado *“La Roma Nueva”* (¡todo un programa!), el cual está amenazado de ser puesto en el Index (en el rechazo). Él promete en su obra el renacimiento de un cristianismo *“exaltando el amor de los sufrientes y de los pobres”*, lo que él ha dejado de ser en su visión de las cosas. Pero ¡ay!, para el Abad Froment, su estancia romana va a llevarlo de desilusión en desilusión. Mientras que él esperaba recibir una acogida favorable, va a encontrarse

confrontado con un mundo fosilizado donde se intriga en todas partes y donde se detesta sin tregua. Las humildes sonrisas de los prelados disimulan la rabia del poder, y la estética de las fachadas enmascara una fealdad moral sin fondo. El papa León XIII, amurallado en su fortaleza, separado del mundo, aparece como rehén de un palacio donde la indignidad brilla por todas partes. En el colmo de la desesperación, Pedro descubre que el Soberano Pontífice, del cual él tenía una alta opinión, confiesa de hecho una verdadera devoción a Nuestra Señora de Lourdes. “Su sueño de un papa intelectual, evangélico, separado de las bases supersticiosas, se derrumba”. Zola quiere en este punto ennegrecer el cuadro que su relato echa a perder en la tragicomedia, especialmente cuando nos describe con gran fuerza detalles de un papa que cuenta todas las tardes su dinero en su recámara y acomoda cuidadosamente sus barras de oro. Pero el colmo de lo ridículo se alcanza cuando sobreviene la cuestión de los jesuitas. El Abad Froment es colocado frente a la terrible realidad, esos “*amasadores de cerebros incomparables*” son los verdaderos dueños de Roma, los que destruyen las carreras, deshacen las reputaciones y destruyen las energías. Su poder, “*basado en la necesidad de una transacción con el pecado*”, les da una influencia tal que han logrado inocular “*el alma jesuita*” al Papa sin que éste se dé cuenta. Pero lo sórdido aún no ha alcanzado toda su medida. Estando vacilante la salud de León XIII, un cardenal que presiente ser su sucesor decide pasar a la acción para poner todas las posibilidades de su lado. Él trama para buscar la muerte del Cardenal que pudiera quitarle el lugar. A falta de oportunidad para él, el veneno que usa no alcanzó su meta pero provoca la muerte de un hombre y una mujer enamorados uno del otro. La única historia de amor del relato termina así en lo trágico. La conclusión se impone por sí misma: el cristianismo es una religión “que hay que apresurarse por enterrar si no se quiere que su restos envenenen a los pueblos”. Para acabar de agobiar, Zola termina por hacerse patético. El tiro de gracia será dado a nuestro pobre sacerdote cuando será recibido en entrevista privada por León XIII: Pedro se lanza en una vibrante petición para promover una Roma de renacimiento y de esperanza, pero su magnífico discurso se topa con un muro de incompreensión. El Papa incluso se atreve a declarar que sus escritos ¡son condenables y peligrosos! El Abad comprende finalmente que aquí no hay más que escombros, más que un mundo crepuscular prometido, que va seguramente a una muerte fatal. Ninguna esperanza es ya permitida para nuestro pobre sacerdote. El Papa no es sino el pivote visible de un mundo que cae al vacío. Al momento de abandonar ese campo de ruinas que ha llegado a ser Roma, él cae en un pequeño manual de ciencia y comprende que éste contiene allí una fuerza todopoderosa que va a barrer todas las concepciones religiosas. La conclusión se impone: solo la ciencia es eterna, a ella sola pertenece la victoria. Estando muerta su fe, Pedro jura en lo sucesivo no satisfacer más que a la razón...

En *París*, el autor se aplica esta vez contra la Basílica del Sagrado Corazón: “*es un templo construido para la glorificación de lo absurdo*”.

Otro obstáculo: el ocultismo. Aquellos que aún no están dispuestos a rechazar todo sentimiento religioso, van a buscar nuevas espiritualidades apasionándose por el ocultismo. No se trata de volver a las fuentes, a hacer revivir las concepciones primitivas de la humanidad, redescubrir la sabiduría de las primeras épocas desde hace mucho tiempo ahogadas por el cristianismo. Esos pensamientos, donde se bordean el gnosticismo, la alquimia, la magia, la kabala, el espiritismo y otras sopas esotéricas, van a producir una serie de elucubraciones tan insuperables las unas como las otras. La corona de toda esta producción la gana sin discusión Helena Pretovna Blavatski (1831-1891). Esta aventurera rusa que no ha dejado de marcar el mundo, tenía por noble ambición la de transmitir al común de los mortales una doctrina secreta que se remontaría a la más lejana antigüedad y que se la enseñaron Maestros que vivían en un santuario escondido en lo más

profundo del Himalaya. Ella fundó para ese efecto la Sociedad Teosófica y publicó diferentes obras donde están reunidos un revoltijo esotérico, a menudo contradictorio, que mezcla la religión del Egipto antiguo, el hinduismo, darwinismo, reencarnación, cosmología, doctrinas francmasónicas y teoría racial. Todo ese universo seducirá a un amplio público. Es bien conocido, que la verdad está en otra parte y la restauración espiritual no puede venir más que del extremo-oriente misterioso. Al menos Helena Blavatski era muy clara en sus intenciones: *“Nuestro objetivo no es restaurar el hinduismo, sino borrar el cristianismo de la superficie de la tierra”*.

Otra figura del ocultismo: el Abad Luis Constant, quien después de haber renunciado al sacerdocio abraza el socialismo y se da a conocer bajo el seudónimo Eliphas Leví. Él promueve en sus libros una interpretación secreta de los Evangelios reservada sólo a los iniciados. También se puede citar a Papus.

Pero no sólo hay los Maestros encubiertos en el fondo de sus escondrijos montañosos, los que tienen los secretos para revelar, también hay los espíritus. Es en Estados Unidos donde el diálogo con estos últimos va a tomar fuerza, en su forma moderna, por la intermediación de las hermanas Fox. Estas últimas, que vivían en Hydesville en el estado de Nueva York, van a pretender en 1847 que un espíritu entró en comunicación con ellas por medio de ‘toquidos’ repetidos. Las hermanas Fox, habiendo llegado a ser celebridades, van a ser emuladas en todos los países y en Europa, en sólo unos cuantos años. Ellas reconocerán al final de su vida que habían inventado todo pero que era demasiado tarde para contradecirse. En Francia, es Hipólito León Denizard Rivail, alias Allan Kardec (1804-1869), quien es considerado como el padre del espiritismo. Él pretende que su seudónimo le fue transmitido durante sus comunicaciones ‘mediúnicas’ y que corresponde al nombre que él llevaba en el tiempo de los druidas. Él obtiene un gran éxito gracias a su obra *El libro de los espíritus* que quiere ser una compilación de los mensajes del más allá. Allí la reencarnación es muy evidentemente exaltada. Los curanderos van a hablar y Victor Hugo, otra vez él, será el gran profeta espiritista del siglo.

Otro obstáculo: Satanás. El romanticismo no podía dejar de meter la figura del ángel rebelde. Aplaudido en la ópera, celebrado por los poetas, rehabilitado en las novelas, alabado por los ilustrados, él está en la cumbre de su popularidad. La época no titubea para publicar su fascinación por aquél que sobrepasa toda norma. El Satán romántico es menos criminal que víctima se acuerdan de su primer nombre, Lucifer, que significa el Portador de la Luz, y se le atribuye el designio de haber querido iluminar al hombre para romper el todo-poder de un Dios que quería mantener sujeta a la humanidad.

Entre las obras más conocidas en las que él tiene un papel de primer plano, se pueden citar: *La tentación de San Antonio*, de Gustavo Flaubert; *numerosos poemas de Baudelaire*, *El fin de Satán* de Victor Hugo, *Consuelo y Leila* de George Sand, *La madre de Dios* de Eliphas Leví, *Eloa o la hermana de los ángeles* de Alfred de Vigny, etc. Si bien no todos presentan al ángel rebelde bajo un ángulo favorable, se observa sin embargo, para un número significativo de entre ellos, la voluntad de revisar el proceso que se le hizo. Él viene a ser el reprobado con el cual la humanidad está llamada a reconciliarse. Ya no se trata solamente -para el siglo XIX- de modificar la percepción del mal, sino de integrarlo en un movimiento ascendente hacia la luz, donde se realizaría la fusión de los contrarios. Se sueña con una unión final entre Dios y Satán, simbolizando la desaparición de todos los antagonismos y por lo tanto el advenimiento de esa armonía tan deseada, va a ser rechazada hasta el infinito por los autores románticos. Ese tema de la subida del ángel caído hacia el cielo va a movilizar a numerosos autores. Será otra vez Victor Hugo quien va a producir millones de versos sobre este tema notablemente en *La leyenda del siglo, el fin de Satán y las*

Contemplaciones. Esas obras llevan a una lectura esotérica de la historia de la humanidad desde su comienzo hasta su término, de allí resulta que el enemigo del género humano no puede ser condenado a perpetuidad sino que debe, por el contrario, ser sacado de las tinieblas para reintegrar los Cielos. Hugo va incluso a escribir con respecto al tema de las criaturas del Infierno:

*Se le tenderán los brazos de la alta morada
Y Jesús, inclinándose sobre Belial que llora,
Le dirá: ¡Se pues tú!
Y hacia Dios de la mano el conducirá ¡a ese hermano!
Y cuando ellos estarán cerca de los grados de luz
Por nosotros sólo percibidos,
Ambos serán tan bellos, que Dios cuyo ojo flamea
No podrá distinguir, padre deslumbrado de alegría,
¡Belial y Jesús!
Todo será dicho. El mal expirará; las lágrimas
callarán; no más fernos, no más duelos, no más lágrimas
el terrible abismo inclemente
cesará de ser sordo y balbuceará: ¿Qué escuchas?
Los dolores terminarán en toda la sombra; un ángel
gritará: ¡comienzo!*

Hugo quiere así conciliar ¡la verdad con el error!

Otro abogado de Satanás: George Sand, esa que fue la gran sacerdotisa de la nueva religión se inclinó mucho hacia la figura del Rebelde, hasta defender su rehabilitación en dos de sus novelas: *Consuelo y la condesa de Rudolstad*. Ella había manifestado ya su simpatía en *Leila* del nombre de la heroína, presentada desde el inicio de su novela como un ser del cual se discierne mal si es infernal o divino. En *Consuelo* ella escribe: “*ya es tiempo que ustedes me conozcan y que en lugar de llamarme el enemigo del género humano, ustedes reconozcan en mí el amigo que los ha sostenido en la lucha. Yo no soy el demonio, yo soy el arcángel de la rebelión legítima y el patrón de las grandes luchas*”

Otro obstáculo: el ateísmo. Hemos visto que María cita en su mensaje de La Salette al año 1864 como aquél en que Satanás y sus demonios serían desencadenados del infierno. Ya no hay necesidad de buscar más lejos para darse cuenta que en septiembre, mes del aniversario de La Salette, se produjo un acontecimiento precursor, a saber la 1ª Internacional de los Trabajadores en Londres. Más allá del aspecto político de esa reunión, son de hecho las bases de una ideología en la cual el ateísmo se pone en su lugar, y que va a conducir de rebote a la revolución bolchevique, la misma que vendrá a anunciar María en Fátima en 1917, algunos meses antes de su advenimiento. Por primera vez en la historia, el ateísmo erigido como sistema de Estado.

El ateísmo es uno de los rasgos que marcan la época y encuentra sus títulos de nobleza en el marxismo: “*la religión es el suspiro de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón, al igual que ella es el espíritu de una época sin espíritu. El verdadero bienestar de los pueblos exige que la religión sea suprimida como bienestar ilusorio del pueblo*”. (Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Karl Marx). Para él la religión no es sino una construcción tendiente a crear las condiciones socio-económicas que permitan la alienación del hombre, haciéndolo

vislumbrar un más allá ilusorio. La religión es pues dañina y debe ser combatida. Como gustaba sostener la propaganda comunista, luchar contra la religión, era odiar la caída del capitalismo.

Nietzsche por su parte, dinamita la moral judeo-cristiana y preconiza el “Superhombre” que se erige contra la mediocridad de la sociedad. “*Culto de la fuerza y del individualismo que prefigura ciertas ideologías del siglo por venir*”. Él vislumbra sombras terribles. Presenta la crisis por venir de los valores occidentales, cuando se darán cuenta que Dios está muerto, cuando triunfará la visión de un mundo sin Dios. “¡Dónde está Dios, gritaba él, se los voy a decir! Nosotros lo hemos matado –¡ustedes y yo! ¡Todos nosotros somos sus verdugos! ¿Pero cómo hemos hecho eso? (...) Acaso no oyen ya el ruido de los enterradores que llevan a Dios a la tierra? ¿No perciben ustedes ya el olor de la pudrición de Dios? –¡Porque los Dioses también perecen ¡Dios está muerto! ¡Dios permanecerá muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos, nosotros los asesinos entre todos los asesinos? Lo que el mundo tenía de más sagrado, de más poderoso ha sangrado bajo nuestros cuchillos –¿Quién lavará de nosotros la mancha de su sangre? ¿Con qué agua nos purificaremos? *El Alegre Saber* de Nietzsche.

Es también el siglo cuando fue creada en 1848 la primera sociedad de libre-pensadores que reunía ateos y deístas alrededor de Jules Simón. Aprovechando el ambiente anticlerical, esa corriente profesa su odio contra la iglesia. Todo es válido para poner en ridículo al Papa y al clero, con una hostilidad muy particular hacia los jesuitas, considerados como la fuerza de choque del mundo católico.

La respuesta de la Iglesia.

La Iglesia aparece como una fortaleza asediada. Ella es acusada de estancamiento intelectual y de oscurantismo. Se le designa como una fuerza reaccionaria frente al ascenso irresistible del Progreso. Se asecha el último aliento de una iglesia que no termina de agonizar. A pesar del terreno perdido y las ofensas que sufre, la iglesia no renuncia, sin embargo, a ejercer un magisterio sobre la vida intelectual y política. Más que nunca, quiere mostrar el camino a seguir y denunciar los callejones sin salida de los razonamientos viciados.

La Iglesia replica mediante tres bombas atómicas: el Syllabus, la proclamación de la infalibilidad pontificia y el dogma de la Inmaculada Concepción.

Pío IX como guardián inquebrantable del dogma. Dureza dogmática. Intransigencia. Crispación, endurecimiento. La Iglesia adopta en un primer tiempo una línea dura de rechazo del mundo moderno.

En 1854, Pío IX promulga el dogma de la Inmaculada Concepción de María, por la bula *Ineffabilis Deus*. Mientras que el siglo se esfuerza por difundir su concepción igualitaria he aquí que la Iglesia proclama que ¡una criatura está por encima de todas las demás!

Pío IX publica su primera Encíclica *Qui pluribus*, que denuncia el liberalismo religioso: “*Ese espantoso sistema de indiferencia, que elimina toda distinción entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error*”. El catolicismo debe adherirse al progreso “*como si la religión fuese la obra de hombres y no de Dios*”.

En 1864 es el Syllabus. Ese documento es un recuento de los “errores” del pensamiento moderno: el indiferentismo religioso, el principio de separación de la Iglesia y el Estado, el naturalismo, el racionalismo, el socialismo, el comunismo, el nacionalismo, el autonomismo moral, etc. Es la condenación del siglo. Los progresistas se extrañan. Eso es demasiado. La Iglesia decididamente no comprende nada del cambio de las ideas. Una parte de los mismos católicos juzgan indefendible

ese catálogo de errores del siglo. Descombramiento de la época. El papado es decididamente irrecuperable.

León XIII escogerá una línea más conciliadora y orienta a la Iglesia en el sentido de adhesión a la República.

En 1870, cuando el Vaticano está asediado por las tropas de Garibaldi, el Papa hace votar por el Concilio Vaticano I la infalibilidad pontificia. Esta proclamación es considerada como una tentativa de dominio mundial.

Un vuelco de la tendencia se opera en el curso de los últimos decenios del siglo XIX. Se asiste al regreso del sentimiento religioso. El optimismo cientista y los beneficios de la civilización industrial son cuestionados. Es el fin de las tranquilas certidumbres, que desemboca en el rechazo de los valores racionales y del triunfo de la ciencia. Ese cambio de atmósfera va a ilustrarse en una serie de hechos. En primer lugar la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón sobre la colina Montmartre a partir de 1875. Esta realización tiene por origen el deseo nacional. Santa Teresa y la infancia espiritual, otro vuelco de perspectiva se realiza también con el Santo Sudario. En 1898, el italiano Secundo Pia lleva a cabo la primera fotografía del lienzo y se da cuenta que presenta las características de un negativo: la imagen obtenida se muestra en efecto más contrastada que la directamente visible. Después son las apariciones de Pelleovoisin, en el Berry, en 1876 con el escapulario del Sagrado Corazón.

Conclusión. El siglo XIX acumula los materiales que van a servir para la estructura de nuestra época. Éste define los contornos de esta época. Como lo dijo Philippe Muray, hacer la historia literaria del siglo XIX es descubrir la historia política del siglo XX. Ese siglo construyó nuestra modernidad. Es una época que conoció revoluciones en casi todos los dominios, abriéndose a todas las utopías, colocando sus esperanzas en las nuevas ideas, lo cual condujo a divorciarse de la Iglesia.

El siglo XIX tiene mucho que revelarnos. No hemos acabado con él y es sin duda uno de los mensajes que la Virgen vino a entregarnos. El cambio de naturaleza escatológica que toman sus apariciones precisamente en el curso de este período no deja de estar relacionado con el clima espiritual que allí se desarrolló.